LOS INTELECTUALES Y ESPAÑA

MIGUEL ÁNGEL QUINTANA PAZ

En un panorama ideológicamente tan monocromático como el de la universidad española, Miguel Ángel Quintana Paz (Salamanca, 1973) ejerce de contrapoder académico. Por eso se ha convertido en la 'bestia negra' del mayor foco de poderosos surgido de las facultades en nuestro país: Podemos. Consciente de que el filósofo ha de estar en los debates actuales, se multiplica en 'podcasts', artículos y redes sociales.

«En España tenemos un centroderecha bastante atontado»

POR **DARÍO PRIETO**
FOTO **RODRI GARCÍA**

Pregunta.– Desde el punto de vista de los filósofos, ¿qué desafíos plantea la actual pandemia?

Respuesta.– Es divertido vernos reaccionar ante la Covid-19. ¡Todos creemos que viene a confirmar nuestras teorías previas! Žižek, por ejemplo, afirma que esto anuncia el fin del capitalismo: interesante, si no fuera porque lleva los últimos 20 años atribuyendo a todo igual diagnóstico. Como le diría Corneille, «los muertos que vos matáis gozan de buena salud». Otros lo ven como una suerte de *respuesta* con que el planeta nos castiga a sus poco ecológicos humanos. Hasta el Papa se ha apuntado a tal superstición. Pero la verdad es que el planeta está igual de contento siendo una bola de fuego que si lo pueblan sólo dinosaurios o sólo plásticos: no tiene intencionalidad, no nos *responde*. Así que ¿cuál es nuestro primer reto ante el coronavirus? El de siempre para un filósofo. Como diría Wittgenstein: de lo que no puedes hablar, más vale callarte.

P.– ¿Cómo valora que haya quien pretenda arrimar el ascua del coronavirus al discurso del cambio climático con miles de muertos sobre la mesa?

R.– Hay que entender que un filósofo intente corroborar sus ideas con lo que pasa en el mundo. Lo hacen también los científicos: buscan hechos que validen sus hipótesis. Otra cosa, claro, es que la realidad esté por la labor de colaborar en ello. Muchos intelectuales sostienen en las últimas décadas que la clave para entender lo humano está en cuál es el grupo identitario al que perteneces, cómo se te oprime por ello. Esos eran los asuntos estrella en España justo antes de llegar el coronavirus (en lugar de cómo prevenirlo): la identidad feminista (castigar los piropos, el 8-M), la identidad catalana, etcétera. Es normal que incluso ahora muchos intenten prolongar esos discursos. Ay, pero por desgracia para ellos el virus no está por la labor de ayudarles. Es muy revoltoso, le da igual qué teorías estén triunfando en la academia. Por ejemplo, está matando en mucha mayor proporción a hombres que a mujeres, pese a que miles de teóricas feministas creen que siempre es la mujer la que debe verse oprimida. O está cebándose en un grupo, el de los mayores, al que no suelen defender estas teorías identitarias (más centradas en otros grupos, como naciones, sexos, orientaciones sexuales... oprimidas).

P.– ¿Y la gestión política del coronavirus en España?

R.– Esta crisis nos ha pillado con el Gobierno más entusiasta de las políticas identitarias de nuestra historia. Hasta cierto punto me suscita cierta compasión: venían encantados de ponerse a abordar sainetes como que un camarero sirva una cerveza a un chico y un refresco a la chica, aunque lo hayan pedido al revés; y se han encontrado con una tragedia de verdad, 20.000 muertos. Entiendo su *shock*. Y que quieran negar la realidad (oponiéndose, por ejemplo, a declarar luto oficial). Si venías a abordar problemitas, se comprende que seas incapaz de abordar un problemón.

P.– ¿Qué le parece el régimen de Iván Redondo?

R.– Iván Redondo sabe que hoy, en la era de las identidades, importa menos lo bien que gestione un Gobierno que dividir a unos ciudadanos contra otros, para que te vote el bando ganador. Es astuto: somos seres emotivos y nada motiva más que vencer al supuesto enemigo, esa vecina que no vota como tú. Ahora bien, el coste en discordia es alto. A una persona amoral como Redondo, que igual asesora a Sánchez que a Albiol, eso puede no importarle. Pero debería importar a nuestros socialdemócratas, aunque ya Zapatero incoara esa línea. Algún día cambiarán las tornas y no les será grato.

P.– Usted usa un término, «capitalismo moralista», para definir nuestro actual sistema socioeconómico. ¿A qué se refiere con ello?

R.– Hace décadas que las empresas intentan vendernos no sólo productos, sino también una imagen ética: cómprame ropa y mostrarás tu compromiso con salvar la Tierra. Ahora bien, de reciente asistimos a un salto. Muchas firmas han ido más allá: han caído en el moralismo. Moralismo significa aplicar criterios morales en asuntos en que no procede. Tenemos a megacorporaciones como Google que despiden a un empleado (James Damore) solo porque sus ideas (científicas) sobre el feminismo no son las mismas que las de la empresa. Si tu patrón te exige no solo trabajar para él, sino pensar como él, se produce un nuevo tipo de explotación capitalista. Hay empresarios *progres* a los que ya no basta con tus horas de trabajo: exigen también adueñarse de algo tan íntimo como tu moralidad. Estamos llegando incluso a que altos ejecutivos, como en Gillette, digan no importarles perder dinero de sus accionistas si con ello favorecen cierta agenda moral (la suya). O a empresas que obligan a cámaras legislativas a votar en asuntos morales como ellas quieren, bajo amenaza de desinvertir si no. Todo esto es poco respetuoso para con la libertad ajena.

P.– ¿Algún ejemplo en España?

R.– Ana Patricia Botín es un excelente epítome de capitalismo moralista. Hace poco se quejaba en un tuit de las opresiones que había sufrido por ser mujer. Cuando la mujer más rica de España reclama la compasión de cualquier *currela* por lo muy explotada que está, algo raro está pasando. Algo que ni Marx ni Lenin habían previsto. Como filósofo, pues, tengo claro lo primero que hay que hacer: abandonar las viejas ideas sobre derecha e izquierda. ¿Botín es de derechas por ser millonaria o de izquierdas al clamar contra la opresión? ¿Las élites empresariales, mediáticas, intelectuales que sostienen la mentalidad *progre* son de veras de izquierdas? ¿O cuando imponen con su inmenso poder su agenda son la nueva derecha? ¿El secesionismo catalán es de izquierdas, por defender una identidad presuntamente oprimida, o es de derechas, por negarse a compartir dinero con el resto de España?

P.– ¿Qué opinión le merecen Ana Pastor y similares?

R.– Tengo amigos que no entienden nada: ¿cómo es posible que paradigmas del capitalismo mundial, como Facebook, se plieguen ante Ana Pastor y su marca, Newtral, a la hora de darles el derecho de determinar qué es verdad o mentira? ¿No se supone que el megacapitalismo y el izquierdismo de Newtral deberían contraponerse? Creo que esta duda surge de no haber entendido que ahora estamos en un capitalismo moralista. Los altos cargos de Facebook, de Silicon Valley, comparten una mentalidad *woke*, *progre*, de izquierda posmoderna (Gustavo Bueno la llamaría indefinida). Así que están encantados de que otros *progres* como Pastor decidan para ellos qué es mentira o verdad. Al cabo, todos comparten fe: hay que proteger ciertas identidades oprimidas, dar más poder a organizaciones internacionales (donde manda gente con esta misma mentalidad), reducir el peso de los Estados nación... Esta fe es hoy mayoritaria en periodismo, universidad e industria del entretenimiento. Parecía que tras la caída de la religión iba a darse un vacío de prédicas morales, pero estos nuevos clérigos han venido a sustituir a los antiguos. E incluso los antiguos parecen aceptarlo: el Papa acude encantado al programa de Jordi Évole, quien le da unas palmaditas luego por no haber hablado de rezar (la vieja fe) y sí de los asuntos de esa nueva fe, en la que Évole es el clérigo.

P.– ¿Cuál es el peor mal de España?

R.– Muchos problemas de España (separatismo catalán, tensión política...) no son más que nuestra versión de la hinchazón identitaria que florece hoy en todo Occidente. Un mal de España ha sido de hecho creernos especiales, pensar que nuestras cuitas eran algo insólito. La frase de Ortega «España es el problema, Europa es la solución» ha hecho mucho daño a ese respecto. Recordemos además que la pronuncia poco antes de que Europa se desangre en dos guerras mundiales y un Holocausto que, la verdad, no tienen nada de solución. Aunque los nazis etiquetaran a tal exterminio como «la solución final». No, Europa no es «la solución»: tiene problemas muy parecidos a nosotros.

P.– ¿Por qué cuanto más rica es la izquierda más se empeña en decirle a los pobres lo que han de hacer?

R.– Mucha derecha está despistada ante nuestro nuevo mundo. No entiende el capitalismo moralista, porque cree que lo que más ambiciona el ser humano es el dinero. Y por tanto confían en que al final las grandes multinacionales actuarán según criterios de rentabilidad, no ideológicos. Lo que no entienden es que hay una élite a la que no le basta el dinero (que ya posee), sino que quiere también poder. Esa élite de intelectuales, periodistas, políticos, funcionarios internacionales y también empresarios, unidos por vínculos incluso familiares, quieren usar su dinero para ir más allá y avanzar una agenda de izquierda posmoderna. Podemos, aunque también el PSOE, son las versiones ibéricas de esto. Y también por eso los obreros cada vez se alejan más de ellos: Vox ya tiene tanto porcentaje de voto en la humilde Fuenlabrada como en el pudiente barrio de Salamanca. No me gusta predecir, sobre todo acerca del futuro, pero creo que esa tendencia irá a más. Al igual que hoy el obrero se ha ido a votar a Trump o Johnson.

P.– ¿Por qué Podemos le odia?

R.– Se nota, ¿no? [ríe por lo bajo]. Creo que hay dos motivos. Uno es que una izquierda despistada, que defiende lo que estamos diciendo, necesita agarrarse a unos pocos clavos de identidad propia. Y entonces se les ocurre que una de esas cosas que te hacen muy de izquierda de siempre es odiar a todo al que tildes de derecha (cualquiera que no comparta tus letanías). Un segundo motivo es que sé que soy un traidor. Guilluy dice que nuestra situación solo se salvará si parte de las élites traicionan a los suyos: si se apartan de esa mentalidad mayoritaria posmoderna y recogen las voces hoy acalladas. La del obrero al que sólo

▶Doctor en filosofía por la Universidad de Salamanca, es actualmente profesor de Ética y Filosofía Social en la Universidad Europea Miguel de Cervantes (Valladolid)
▶ Miembro del Consejo político nacional de UPyD hasta 2015, fue candidato al senado por este partido.

COVID-19
«El coronavirus no está por la labor de prolongar los discursos identitarios y se está cebando en los mayores, al que no suelen defender estas teorías»

CRISIS
«Este Gobierno es el más entusiasta de políticas identitarias de nuestra historia. Si venías a abordar problemitas, serás incapaz de abordar un problemón»

EL MAL DE ESPAÑA
«Un mal de España ha sido pensar que nuestras cuitas eran algo insólito. La frase 'España es el problema, Europa la solución' ha hecho mucho daño»

CAPITALISMO MORALISTA
«Hay empresarios 'progres' a los que ya no basta con tus horas de trabajo: exigen también adueñarse de algo tan íntimo como tu moralidad»

VIEJAS IDEAS
«¿Botín es de derechas por ser millonaria o de izquierdas al clamar contra la opresión? ¿Y el independentismo catalán?»

'FAKE NEWS'
«Facebook y Sillicon Valley están encantados de que otros 'progres' como Ana Pastor decidan por ellos qué es mentira o verdad»

PODER
«Hay una élite a la que no le basta el dinero (que ya tiene), sino que quiere ir más allá y avanzar en una agenda de izquierda posmoderna»

IZQUIERDA
«Los obreros cada vez se alejan más de Podemos y PSOE: Vox ya tiene tanto porcentaje de voto en Fuenlabrada como en el barrio de Salamanca»

SILENCIADOS
«Se acusa de violador potencial al obrero sólo por ser varón. Cargan de impuestos a la cajera para que los ricos circulen con sus coches eléctricos»

VOX
«Nadie te verá como buen gestor si dejas que la izquierda marque la mentalidad de la gente. Vox sí que presta atención a las ideas que mueven el mundo»



Quintana Paz, profesor de Ética y Filosofía Social en la Universidad Europea Miguel de Cervantes.

por ser varón se acusa hoy de violador potencial; la de la cajera a la que cargan de impuestos para que los ricos puedan circular con sus coches eléctricos, exentos de ellos. Reconozco que estoy encantado de traicionar a la mayoría de intelectuales y decir cosas distintas.

P.– ¿Cómo es ser un liberal en España?

R.– Si me gusta la etiqueta liberal es justo porque es laxa. De hecho, se la atribuyen personas con diagnósticos muy distintos a los que he hecho: desde un Toni Roldán (que comparte la mentalidad *progre*) a un Juan Rallo, por citar dos extremos. Un riesgo de los liberales es seguir pensando que nuestras batallas son las mismas que las de Reagan o Thatcher durante la Guerra Fría. Hoy el enemigo es otro: es absurdo seguir con la misma estrategia que hace 40 años. Thatcher me gusta como política *punk*, capaz de romper con los consensos de su tiempo: en eso hay que imitarla, para romper los consensos que ahora nos agarrotan. Y para autocorregirnos. Un liberalismo que preste más atención a la necesidad que tiene la gente de cierta seguridad económica, en un mundo tan peligroso como el actual, me parece encaminado.

P.– ¿Puede afrontar la derecha española la batalla cultural?

R.– Hoy tenemos un centroderecha bastante atontado. Hablo con mis amigos de Cs o del PP y ellos mismos me reconocen que han abandonado la batalla de las ideas. Una política del PP me contó que lleva tiempo contando cuántos asuntos de los que hablan sus amigos los ha introducido su partido en la discusión pública: ni uno. Van siempre a remolque de los debates que suscitan otros, que convienen a otros. Mucha derecha española (no así la anglosajona, y por eso triunfa) cree que les acabarán votando sólo por ser «buenos gestores». Ignoran que nadie te verá como buen gestor si dejas que la izquierda marque la mentalidad de la gente. Incluida la de quién es buen gestor de verdad. ¿Qué hacer? Bueno, miremos a la izquierda. Ésta atiende, incluso mima, toda producción de ideas izquierdistas. Me consta que Vox sí presta atención a las ideas que hoy mueven el mundo. Hace poco fui a uno de sus cuarteles: me sorprendió cuántos ensayos actuales, subrayados y anotados, había por doquier. Ellos sí han captado que dar la batalla de las ideas no es solo sacarte una foto leyendo un libro pseudoculto ante tu biblioteca con tus New Balance.

P.– Ha hecho una predicción. ¿Se atreve a terminar con otra? ¿Hacia dónde camina nuestra democracia?

R.– Hasta ahora nuestras democracias admitían que ciertos espacios debían ser más o menos neutrales: la judicatura, por ejemplo. O que los periodistas debían buscar la verdad, no solo ser correveidiles de los partidos. Por desgracia, la izquierda, con su reciente teoría de que «todo es político», ha traicionado ese pacto de neutralidad: desde los premios literarios a las películas que uno ve, por no hablar de la Fiscalía, el CIS o la televisión pública, se intenta hoy que sean partidistas. También los jueces: si hacen sentencias que no gustan a la mentalidad predominante, se justifica su acoso. Ante esto solo caben dos opciones: o permitir que todos esos espacios sigan estando invadidos, o defenderse de la invasión. Y no te defiendes de una invasión presentando una instancia ante tu Ayuntamiento. De formas nuevas, de formas incómodas: a nadie le gusta estar en guerra. Pero no queda otra cuando el otro te la ha declarado. Dos no están en paz si uno no quiere.